

La lengua griega en el ámbito biosanitario: a la sombra de Uranía

Israel Muñoz Gallarte*

Sócrates – El mismo es, en cierto modo, el procedimiento de la ciencia médica y el de la retórica.

Fedro – ¿Cómo dices?

Sócrates – En ambas es preciso analizar una naturaleza, la del cuerpo en una, y la del alma en la otra, si pretendes, no sólo por rutina y experiencia, sino de un modo científico, aportarle al uno medicación y alimento para infundirle salud y vigor, y a la otra razones y disposiciones justas para dotarla de la persuasión que quieras y de la virtud (Pl., *Phdr.* 270B-D).

Nadie está libre del riesgo de caer en un juicio anacrónico al abordar la cultura griega, especialmente cuando se atiende a las ciencias helenas y a la medicina en particular. No me refiero únicamente al hecho de que nuevos hallazgos papirológicos, codicológicos o arqueológicos echen por tierra cuanto sabemos sobre un autor o una materia, algo que seguramente volverá a pasar. Más bien, creo que todos estamos sometidos al imperio del «sí, pero no» y del «no, pero sí» al observar un universo abigarrado que, frente al actual, perfectamente compartimentado en una serie de claras secciones y subsecciones, no distinguía apenas entre ciencia y especulación filosófica, física y metafísica, medicina y religión. La búsqueda de la verdad y la literatura no se contradecían entonces, sino que se citaban a lo largo y ancho de unas fronteras difuminadas, servían de herramientas para que el individuo comprendiera el mundo en el que habitaba y argumentara mayéuticamente sobre las hipótesis precedentes. Veamos un par de ejemplos bien conocidos.

Es sabido que Copérnico se inspiró y citó las obras de algunos filósofos griegos como base de su teoría heliocéntrica, revolución que tiró por tierra los conocimientos heredados de Aristóteles y defendidos por los teólogos de su época. En efecto, su *De revolutionibus orbium coelestium libri sex* (Núremberg, 1543) fue fruto de la lectura de «los libros de todos los filósofos que pude obtener», según el autor explica en su dedicatoria al papa Paulo III, entre los que contaba Filolao, Heráclides pónico, Ecfanto y Plutarco. Del último, Copérnico pudo encontrar estímulo en el tratado *Sobre la cara visible de la Luna*, especialmente en algunos sugerentes pasajes, como el siguiente:

Jenócrates añade que las estrellas y el sol se componen de fuego y de primera densidad; la luna, de segunda densidad y de un aire específico; la tierra, de agua, de aire y de tercera densidad (Plu., *De facie* 936C-D).

Plutarco, con este y otros textos, corregía a su vez los planteamientos estoicos previos, que hacían de la luna un astro compuesto de aire y fuego, definiendo su naturaleza como semejante a la terrestre, además de explicar sus medidas, movimientos, eclipses y hasta los ciclos lunares. No obstante, junto a estas deducciones que bien pudieron ayudar a las tesis científicas de Copérnico siglos después, Plutarco no desdeñó el uso del mito para dar razón a su hipótesis, recreando, por ejemplo, una geografía selenita habitada por las almas de los difuntos:

La luna mide la sombra de la tierra con pocos de sus diámetros no porque sea pequeña, sino porque acomete con ardor su movimiento a fin de atravesar prestamente la zona umbría que conduce las almas de los hombres buenos, almas que, entretanto, se inquietan y lamentan porque encontrándose en la sombra no alcanzan a percibir la armonía celestial (Plu., *De facie* 944A).

Así, las hipótesis del queronense, base para el giro copernicano —e inspiración, además, para el *Somnium* de Kepler—, no parecen más que chispas de intuición filosófica que, eso sí, encajaban a la perfección en su teoría teológico-soteriológica. Ciencia y religión se daban la mano en un «sí, pero no».

Por el contrario, como bien ha observado el premio Pulitzer Stephen Greenblatt en *The Swerve: How the World Became Modern* (W. W. Norton & Company, 2011), hay algo más detrás de esas presuposiciones filosóficas. También Leucipo, Demócrito y Epicuro partieron de un *a priori* al igual que Plutarco: en este caso, que todo lo existente estaba compuesto por piezas mínimas indestructibles a modo de ladrillos, los átomos. Sin embargo, tras este principio, se derivaba un sentimiento más profundo, que «sólo había que comprender que existe una explicación natural oculta de todo lo que nos alarma y de aquello que se nos escapa» (pp. 219-220).

Se inauguraba entonces una segunda vía para entender los procesos físicos. Junto a las teorías teológico-metafísicas, existía la posibilidad de explicar las cosas mediante argumentos puramente naturales. Un «no, pero sí» que posteriormente caló hondo en el latino Lucrecio, cuya recuperación a través de su obra *De rerum natura* por Poggio Bracciolini supondría un cambio en la deriva cultural europea y, en último término, el nacimiento de la ciencia moderna.

Ambas vías interpretativas, una filosófico-religiosa y otra natural, que se cruzan y se confunden, como decíamos, son bien visibles en la medicina griega, tema que ocupa el presente monográfico y que tengo el honor de presentar, gracias a la iniciativa de la profesora Pilar Castillo (UCO). En efec-

* Universidad de Córdoba (España). Dirección para correspondencia: fg2mugai@uco.es

to, siglos antes de que Thomas Sydenham publicara su *Observationes medicae circa morborum acutorum historiam et curationem* (Londres, 1676) y, con ello, diera nacimiento a la patología moderna, basada en observaciones clínicas positivas e independientes de postulados apriorísticos, la medicina griega ya compuso un andamiaje al que, de hecho, deseó volver la mirada el médico inglés. El armazón, compuesto de señeros escalones, tablas y planchas, resulta un ejemplo más de esas aparentes contradicciones para el ojo moderno. Si bien es cierto que la medicina griega científica parecía abjurar de las prácticas religiosas de un «sacerdote purificador» ya desde la época homérica (*Il.* XI 514-515), basándose en la observación y la experiencia clínica —aunque nunca abandonó el sistema especulativo filosófico, en particular, para discernir las causas de las enfermedades—, no lo es menos que la medicina popular de santuarios y templos, ya que continuó practicando remedios supersticiosos. En consecuencia, ambas vías continuaron concibiendo la enfermedad como producto de fenómenos innaturales, producidos por agentes externos al paciente, rupturas del equilibrio físico al que debían tender lógicamente los cuerpos.

Es en este contexto en el que se deben encuadrar los artículos que tiene en sus manos el lector, los cuales indagan en diversos aspectos de este mundo científico griego, el del ámbito biosanitario, firmados por investigadores y profesionales especializados en el tema, al que han dedicado sus esfuerzos durante las últimas décadas.

El volumen se abre con dos aportaciones sobre la complicada disciplina del estudio de la terminología médica en lengua griega moderna desde el ámbito de la lexicografía. Alejandro García-Aragón parte, en su «Términos traidores en el ámbito biosanitario: ejemplos a partir de un diccionario inglés-griego y sus equivalentes en español», de una curiosa tautología: «el deber de un diccionario es el de servir para lo que dice servir» (García-Aragón, 2017: 71), principio sobre el que asienta el análisis de algunos lemas incluidos en M. Terkourafi (ed.), *The English-Greek Dictionary of False Friends* (Atenas, 2005). Según se expone, se trata de un diccionario que únicamente incluye parejas de términos que pudieran llevar a confusión al aparecer en contextos similares por distintas razones: «por tener apariencia similar, por ser de la misma categoría gramatical y, por último, por cambiar de sentido al aparecer en una colocación». El estudio se limita a veintiún casos relacionados con el tema del presente volumen —en concreto, *acme*, *acoustic*, *adenoidal*, *aerial*, *aerobic*, *aetiology*, *agent*, *agonise*, *alcoholic*, *anaemic*, *anaesthesia*, *analgesia*, *analyse*, *anatomy*, *anoeretic*, *antagonise*, *apoplectic*, *apothecary*, *atrophy*, *autopsy* y *axon*—, todos los incluidos en la letra *a*. El análisis individual terminológico, al que el autor añade interesantes anotaciones sobre la traducción de los lemas al castellano, le permite, por un lado, correctamente concluir que se trata de una excelente herramienta para el traductor «a pesar de sus carencias y [...] falta de exhaustividad» y, por otro, llamar la atención sobre la acuciante necesidad de nuevos trabajos de orden lexicográfico que abunden en las dificultades de traducción del inglés al griego, del español al griego y viceversa.

Un análisis de más amplio espectro se presenta bajo el título «La elaboración de un diccionario médico bilingüe, griego moderno-español: problemas, soluciones y observaciones», a cargo de Panagiota Papadopoulou (Universidad de Granada). Como la autora arguye, las crecientes relaciones greco-españolas en todos los ámbitos, como el comercial, político y social, hacen imprescindible la confección de nuevos diccionarios que atiendan a las particularidades técnicas de ambas lenguas, labor a la que se dedica el Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, al que pertenece la investigadora. De sus distintas iniciativas incluidas en la serie de *Diccionarios Granada*, Papadopoulou presenta aquí la que se circunscribe a un diccionario bilingüe dedicado a las ciencias de la salud. Para ello, se exponen con acribia las principales dificultades a las que se enfrenta un diccionario de esta índole y la metodología seguida, tanto para la recopilación de los términos como para la estructuración de los lemas. Sus conclusiones son interesantes: la mayor parte del vocabulario médico griego y español tomado en consideración encuentra sus raíces en las lenguas latina y griega clásica, especialmente del dialecto ático y de un período concreto, el helenístico. A partir de aquí, caben dos posibilidades de llegada a la lengua española: o bien los términos proceden de transcripciones del griego bizantino, sin seguir las reglas erasmianas, o bien los términos más recientes siguen la normativa de Erasmo. Destaca la autora, finalmente, grupos de palabras procedentes de determinados géneros helenos, tales como el vocabulario histórico de Homero y Galeno, lemas procedentes de la mitología griega y calcos del lenguaje científico inglés, todos ellos perfectamente ejemplificados.

De igual interés para el campo de la lexicografía, pero ahora sobre la terminología griega médica de la época imperial, es el siguiente artículo de la profesora Mónica Durán Mañas, «El vocabulario de la sección de las venas en los tratados sobre la flebotomía de Galeno». La investigadora, prolífica en publicaciones especializadas en este ámbito, compone un extenso análisis filológico sobre algunos de los lemas claves de los tratados galénicos. El corpus de textos seleccionado resulta realmente problemático, dado que, como la autora destaca, no se cuenta todavía con traducción a la lengua castellana y sus ediciones son deficitarias. En concreto, Durán Mañas aborda el análisis de *Sobre la flebotomía contra Erasistrato*, *Sobre la flebotomía contra los erasistrateos en Roma* y *Sobre la curación mediante la flebotomía*. A pesar de las dificultades, se compone un profundo estudio lexicológico de los siguientes términos, reunidos por su raíz etimológica común: *phlebotomía/phlebotoméo/phlebotometéon*, *témno/entémno/diatémno/tomías*, *diaréo/diáresis*, *schádso/aposchádso*, *amyché/apocháxis* y *diakópto*. Durán Mañas aporta rango de aparición, significado y posibles traducciones al castellano de todos ellos.

La buena salud de los estudios en griego postclásico y bizantino de la Universidad de Valencia queda patente en el siguiente trabajo de Ángel Narro, «Léxico médico en las colecciones de milagros de santos de época bizantina (ss. V-XV)». Aquí, el investigador compone un detallado análisis en el que, como en el artículo anterior, se aúnan lexicografía y filología

sobre un corpus de textos que podría definirse como «cruce de caminos» entre la medicina popular, la cultura griega y la religión cristiana: diecisiete colecciones de milagros datados desde el s. V hasta el XV. Para completar tal tarea, el autor parte de una introducción en la que clarifica la concepción de medicina —prácticamente, taumaturgia en este contexto— y las principales partes y cualidades de los relatos de curación que se analizan. A partir de aquí, de manera sistemática, Narro organiza el listado léxico en lemas a partir de los siguientes campos semánticos: 1) enfermedades y sintomatología, 2) prácticas médicas, 3) instrumental e instalaciones y 4) fármacos y remedios. Tanto la originalidad de sus páginas, como el hecho de que algunas de las palabras definidas, incluyendo algún hápax *legómenon*, no aparezcan todavía tratadas en los diccionarios mayores —al menos, en DGE y LSJ—, aconsejan estudios como el presente, un campo abierto a la filología en sus distintas vertientes.

«El tratado de Galeno *Sobre las causas en los pulsos*: estructura, contenido y tipología», artículo de Luis Miguel Pino Campos, catedrático de la Universidad de La Laguna, traductor e investigador de las obras médicas griegas, inaugura la siguiente sección del volumen. Sin abandonar la medicina desde un punto de vista histórico-filológico, Pino Campos completa una magnífica y clarificadora descripción de la obra del médico de Pérgamo, a pesar de las dificultades intrínsecas que supone, por un lado, la especificidad del género médico y, por otro, la necesidad de salvar las coordenadas espacio-temporales a fin de hacer asequibles hoy día saberes de los siglos primero y segundo de nuestra era. Para tratar esto, el investigador comienza con una breve traducción que ejemplifica a la perfección cuanto afirmamos en esta introducción. Galeno, hijo y nieto de médicos, educado en las cuatro grandes escuelas filosóficas (estoica, platónica, peripatética y epicúrea) y en todas las disciplinas terapéuticas de su época, supuso, tras los tratados de la escuela hipocrática, un punto y aparte en la producción científica occidental, sin que esto significase una renuncia de su creencia en fuerzas sobrenaturales, especialmente en el dios Asclepio. A continuación, el interés de Pino Campos se centra en los tratados sobre el pulso, método de diagnóstico del paciente que tiene su origen en el Egipto del segundo milenio a. C., cuya extensa tradición fue recogida con maestría por Galeno, a la que aportó una sistematización en siete de sus obras conservadas. *Sobre las causas en los pulsos* (ca. 205-211 d. C.) aborda las «causas eficientes» que cambian el pulso del paciente, ya generando uno nuevo, ya alterando el existente. Para analizar esto, el médico de Pérgamo trató los factores, cualidades y diferencias de los pulsos, por lo que Pino Campos expone sucintamente el argumento de cada uno de los sucesivos capítulos en orden, dando cuenta de los temas tratados, recogidos, finalmente, en el apartado de conclusiones.

De la interesante formación del siguiente autor, Luis Calero Rodríguez (Universidad Internacional de La Rioja), a caballo entre la Filología Clásica y la práctica musical, da buena cuenta el siguiente artículo, intitulado «La anatomía vocal y respiratoria en los textos griegos antiguos». Continuando la vía de los estudios filológicos, el autor propone, en esta oca-

sión, un detallado análisis diacrónico sobre la anatomía vocal desde los albores de la medicina griega hasta su impulso definitivo en la figura, de nuevo, de Galeno. De este modo, tras una concisa introducción a las distintas etapas de la medicina griega, Calero Rodríguez comienza por atender al concepto de individuo —suma de cuerpo y *psyche*— y su *pneuma*, entendido como hálito de vida en la filosofía presocrática. La especulación filosófica continuó en la obra de Platón, en la que ética, religión y deducciones lógicas llevaron al ateniense a observar que «todos los animales tienen las partes internas muy calientes alrededor de su sangre y venas, como si poseyeran en sí una fuente de fuego» (p. 189), lo que explicaría el cambio de aire frío por caliente durante la respiración. Sin embargo, el impulso definitivo al estudio anatómico no apareció hasta los trabajos del Liceo, según transmite el *De respiratione*, incluido, a su vez, en *De iuventute*. Entonces, tras haber desentrañado los conocimientos heredados de la tradición, la escuela de Aristóteles, siguiendo su particular observación de la *physis*, explicó la producción del sonido y la mayor parte de los órganos que participan: definió y clasificó los pulmones, el cuello y el tronco; y explicó, además, cómo la boca, los labios, el paladar y la úvula modifican los sonidos. Finalmente, merece atención la obra de Galeno, *De usu partium*, especialmente lo recogido en los libros VI y VII (ca. 164-166 d. C.), donde ya con claridad se reconocían las tareas de los órganos y las funciones que desempeñan sus partes, centrándose en cavidad torácica, laringe, pulmón, tráquea, glotis y cuerdas vocales, lo que supuso el primer tratado preciso en la cultura occidental sobre el proceso de producción de la voz humana.

El campo de la psicología se abre en el volumen de la pluma del catedrático de la Universidad de Valencia Jordi Redondo. «La licantropía y el efiltes en la literatura médica griega: los testimonios de Areteo, Galeno, Posidonio y Aecio de Amida, Oribasio y Actuario (más dos textos de Agatángelo y Miguel Pselo)» ofrece al lector un recorrido de las enfermedades conocidas como licantropía o cinantropía, transfiguración en lobo o perro, y efiltes, aviso onírico de que el paciente va a sufrir una enfermedad, a lo largo de las obras —algunas de ellas inéditas en lengua castellana— que dan título al artículo, magistralmente traducidas por Redondo. El tema resulta sugestivo, puesto que se trata de una enfermedad que, a lo largo de la tradición, aunaba religión y medicina, mitología, fenómenos fisiológicos y psiquiatría, al estar fundamentalmente unida a los efectos de la melancolía y sus somatizaciones. El origen se rastrea, de nuevo, en los tratados galénicos, pero su extensa trayectoria llega hasta el s. XIV, con el testimonio de Juan Actuario, demostrando, con todo, la importancia y pervivencia del médico de Pérgamo en las letras griegas.

El área de los estudios literarios, especialmente el de la tradición clásica, es abordada por la profesora Dámaris Romero González (Universidad de Córdoba) en su «El *topos* de Pericles y la caída del esclavo y el sueño como elemento definitorio». En este artículo expositivo, la autora llama la atención del lector sobre diversos pasajes relacionados por transmitir un mismo tópico literario: la caída de un esclavo desde una altura que le produce la fractura de una pierna. En orden cronológico, se contarían los siguientes autores: Jeróni-

mo de Rodas, Plutarco, Plinio y Diógenes Laercio, a cuya cita se añaden comentarios concisos que contextualizan el pasaje en las circunstancias en que fueron escritos. Destaca Romero González en sus conclusiones cómo cada uno de los autores recogió y recreó el *topos* para aplicarlo a las necesidades de su obra literaria, siendo fiel, modificando y eliminando elementos —divididos en primarios y secundarios— o incluyendo nuevos al albur de la temática concreta.

Finalmente, la transmisión de los textos griegos médicos a la lengua castellana es un tema tratado por María Jesús Pérez Ibáñez (Universidad de Valladolid) en «Fray Bernardino de Laredo como traductor de textos médicos», artículo que pone fin a la sección Tribuna del presente número. El tema resulta interesante para el campo de la medicina, por un lado, y de capital importancia, por otro, para la crítica textual. En efecto, como ya ha sido puesto de manifiesto (Bernabé, 2010: 33) se debe comprender la transmisión de textos médicos griegos de un modo distinto a como ocurre con los puramente literarios. A diferencia de estos, existiría una tradición abierta a los comentarios de los sucesivos copistas, quienes, en lugar de ofrecer una versión fiel a un texto anterior, se veían en la libertad de añadir un nuevo descubrimiento propio, a fin de que el resultado fuera de mayor utilidad para el siguiente lector. Un ejemplo perfecto de este fenómeno es la traducción que aborda la investigadora: la de fray Bernardino de Laredo de la *Articella* —en concreto y muy posiblemente, la edición de Pedro Pomar, impresa en León (1515), según la autora (p. XX)—, compilación de aforismos y conocimientos de Hipócrates, Galeno e Ioancio, entre otros. El extenso análisis de Pérez Ibáñez le permite concluir cuál era la manera de componer la obra: colocando la traslación castellana junto al texto latino, traduciendo con fidelidad del latín, siendo selectivo para recoger únicamente aquellos textos que le interesaran en el decurso de la obra y desarrollando, precisando y ampliando todo aquello que entendiera confuso.

En definitiva, el lector tiene en sus manos un buen ejemplo de los trabajos que lexicografía y filología griegas desarrollan actualmente en el campo biosanitario y médico, así como de nuevas vías investigadoras que en los años venideros habrán de ser exploradas, unidos todos por el hilo conector de haber sido escritos en una misma lengua, la griega, la cual, ya desde sus orígenes, tributó un especial cariño por este campo, pues, como calificaba la *Iliada* homérica, el médico es «un hombre que vale por muchos» (XI, 514).

Referencias bibliográficas

- Bernabé, A. (2010): *Manual de crítica textual y edición de textos griegos*. Madrid: Akal.
- Copérnico, N. (1543): *De revolutionibus orbium coelestium libri sex*. Núremberg.
- Crespo Güemes, E. (trad.) (2014): Homero, *Iliada*. Madrid: Gredos.
- DGE = *Diccionario Griego Español en línea*. CSIC. <<http://dge.cchs.csic.es>>
- García-Aragón, A. (2017): «Propuestas iniciales para la elaboración de un diccionario de dificultades de traducción de artículos científicos de enfermería español-inglés: un enfoque término-lexicográfico», *Panace@*, 18 (45): 70-82.
- Greenblatt, S. (2011): *The Swerve: How the World Became Modern*. Nueva York: W. W. Norton & Company.
- Kepler, J. (1634): *Somnium sive Astronomia lunaris*. Fráncfort.
- LSJ = *The Online Liddell-Scott-Jones Greek-English Lexicon*. <<http://stephanus.tlg.uci.edu/lsg/>>
- Ramón Palerm, V. y J. Bergua Caverro (trads.) (2002): Plutarco: *Obras morales y de costumbres IX*. Madrid: Gredos.
- Sydenham, Th. (1676): *Observationes medicae circa morborum acutorum historiam et curationem*. Londres.
- Terkourafi, M. (ed.) (2005): *The English-Greek Dictionary of False Friends*. Atenas: Universidad de Atenas.

